

## Cuarto Encuentro



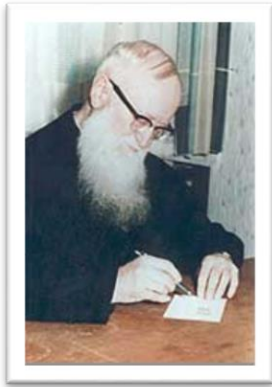
### Primer Testimonio

## SU CAPACIDAD DE COMUNICARSE

MARY FENELON, norteamericana, Milwaukee, U.S.A., madre de 12 hijos.

Quizás lo que más recuerdo del Padre es su capacidad de comunicarse. Hablaba de tal manera que todos los que lo escuchaban —los tipos más variados de intelecto— podían comprenderlo. Recuerdo haber regresado a casa muchas veces luego de haberlo escuchado, diciéndome: "Si, lo que ha dicho es verdad". No era la primera vez que oía esas verdades, pero el Padre las decía tan bello y simplemente que ahora dejaban huellas profundas en mi alma. Me imagino que todos han experimentado de alguna manera su calor personal. A veces, mientras caminaba y meditaba por el camino que pasa junto al Santuario de Holly Cross, solía llegarme hasta él. Me tomaba de la mano y preguntaba: "¿Es Ud feliz?". En esas circunstancias, no importa cuánto pudiera estar sufriendo, la única respuesta era: "Sí Padre, soy feliz". En esos momentos me sentía como una hija del Padre Dios (y también de nuestro Padre) ¡Que comprensivo era el Padre! En una oportunidad me dijo que sabía cuán atareada debía de estar con mi Familia y qué difícil se me haría llegar a verlo. Pero —añadió—si alguna vez sentía la necesidad de hablar con él, que lo llamara simplemente por teléfono y estaría pronto a escucharme.

Le pregunté a Jean Marie, nuestra hija de 13 años, si guardaba algún recuerdo del Padre. Lo primero que le vino a la memoria fue cuando ella y otros niños de nuestra familia visitaban al Padre en su cuarto y el Padre iba a buscarles algún dulce. Estando a punto de tomarlo de su mano, el Padre se los colocaba, jugando, más alto, fuera de su alcance. El Padre sabía cómo llegar aún hasta los corazones más jóvenes.



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*Que despierta en mí todo lo leído*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Qué me sugiere para la vida*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

---

---

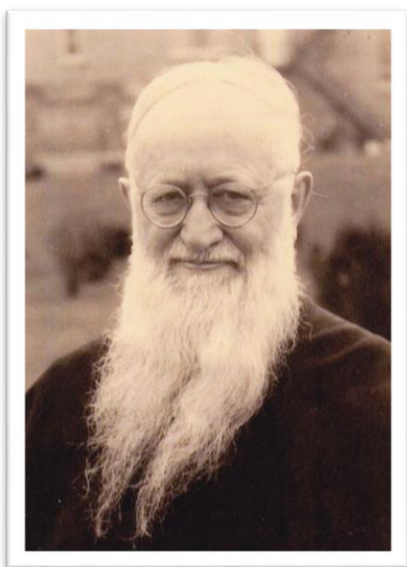
---

---

---

---

## Segunda Testimonio



### **SIENTO CONTINUAMENTE SU PRESENCIA EN MI VIDA**

JESÚS MARÍA PAGAN, portorriqueño,

Conocí personalmente al Padre José Kentenich, Fundador de la Familia de Schoenstatt, en Milwaukee, Wisconsin. Nuestro primer encuentro fue una fresca mañana de otoño. Ocurrió frente a un hermoso

Santuario de la Madre y Reina Tres Veces Admirable de Schoenstatt ubicado en un parque cerca de la casa donde el Padre vivió 14 años en el exilio en los Estados Unidos de América.

Había oído hablar mucho de él al Padre Juan Sartor, que fue quien nos introdujo, a mi esposa y a mí, en la historia y Espiritualidad de Schoenstatt. Esperaba encontrar en la persona del Padre Kentenich un sacerdote santo y sabio, marcado por el dolor y llevando en su persona las huellas del sufrimiento, pero jamás pensé que su persona y su mensaje fueran determinantes en mi vida.

Su figura profética y paternal, de hombre de Dios arraigado en el más allá, nos impresionó profundamente, cuando pudimos dialogar con él unos minutos antes de la Santa Misa que celebraría en la Iglesia de San Miguel (en la ciudad de Milwaukee).

Durante la Misa me pregunté varias veces: ¿Es grande el Padre o lo hacemos grande sus hijos? Esa pregunta encontró respuesta en los días y años por venir.

En esa ocasión estuvimos varios días de visita en Milwaukee. Tanto mi esposa como yo, hablamos largamente con el Padre, y en varias ocasiones ambos juntos con él. Cada encuentro con él fue revelador.

Lo que más me impresionó durante esa primera visita fue que siendo un hombre de Dios, arraigado en el mundo sobrenatural, nada humano le era extraño y se mantenía abierto a todo lo que fuera manifestación de la vida.

Durante mis años de estudiante estuve íntimamente ligado a movimientos estudiantiles en la Universidad de Puerto Rico y como todo joven de América Latina, ardía dentro de todo mi ser un ansia de renovación, transformación y

redención de este continente continuamente conmovido por luchas, por hambre, por revolución y guerra. Conté al Padre todas mis aventuras e inquietudes en este aspecto y todo lo comprendió de una manera extraordinaria. Nada le extrañó y hoy comprendo que su personalidad de educador carismático era algo que rebasaba los límites.

Él me orientó sabiamente, sin meter en mi persona ninguna de aquellas inquietudes, aquel amor por América Latina y sobre todo aquel deseo por la aventura y el riesgo en busca de la solución a los problemas de nuestros pueblos.

Mi gran admiración por el Padre encontró su punto culminante cuando le dijimos que queríamos consagrarnos a la Mater y su obra, y el personalmente nos entregó una Cruz de misioneros en el Santuario nombrándonos misioneros para América Latina. No podía comprender su "excesiva confianza" en alguien a quien apenas conocía y que no sabía a ciencia cierta qué frutos podría dar. Esa primera visita al Padre determinó para siempre el rumbo de nuestras vidas.

Salimos de Milwaukee seguros de haber encontrado un rumbo definitivo para nuestras vidas y dispuestos a volver a visitar al Padre. Habíamos encontrado en la persona del Padre Kentenich no sólo lo que esperábamos, sino más importante aún, lo que aspirábamos para nosotros mismos.

Volvimos a Milwaukee unos meses después para establecer allí nuestra residencia y estar cerca del Fundador de la Familia, aprovechándonos de su persona, su espíritu, su mensaje y sobre todo para beber de la riqueza de su corazón en la misma fuente. Esta gracia, la de haber podido estar cerca de él, haber vivido a su lado, oído sus charlas, seguido sus huellas y servirle continuamente no se puede expresar en palabras. La única manera de expresar la gratitud sería consumiendo la vida por su obra. Estuvimos varios años a su lado. Lo observamos en su incansable trabajo de día y de noche. Fuimos testigos de su paternidad sin límites, clara transparencia de la paternidad de Dios. Le vimos sufrir sin desmayar y sobre todo fuimos testigos de su fe extraordinaria en el poder y la bondad de Dios y de la Madre y Reina Tres Veces Admirable de Schoenstatt.

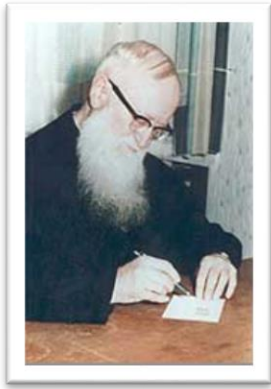
En muchos de sus momentos "oscuros" cuando la barca de la Familia parecía perecer y los que estábamos a su alrededor nos atemorizábamos, el Padre se nos mostró como un héroe de fe práctica. Él sabía y transmitía continuamente la seguridad de que la obra de la Madre y Reina no perecería. Él fue un hombre que creyó y esperó muchas veces contra toda esperanza.

Le vimos partir de Milwaukee rumbo a Roma. Vivimos espiritualmente con él los días difíciles de 1965 en la Ciudad Eterna y luego nos regocijamos de su victoria y de la realización del Milagro de la Noche Buena.

En 1967 pude visitarle por última vez en Schoenstatt y estar varios días con él. Le ayudé en la Santa Misa en el Santuario del Monte Schoenstatt y le visité frecuentemente durante esos días, en las diferentes casas donde residía debido a sus compromisos con los Institutos por él fundados. Cada encuentro

con el Padre Kentenich fue revelador y sobre todo una irrupción de lo divino en mi vida.

Hoy, después de su partida al Schoenstatt eterno, siento continuamente su presencia en mi vida, como padre de Familia y como apóstol seglar comprometido con la Iglesia y con la historia de nuestro Continente. Estoy seguro de que el Padre desde el cielo continuamente me inspira y me orienta en mis aventuras por el Reino Mariano de Cristo en la tierra. Sigo creyendo en los mismos cambios y transformaciones necesarios para América, que creía cuando entré en la Familia de Schoenstatt, pero los busco con el Padre por caminos muy diferentes. Estoy seguro de que, lo mismo que yo, muchos otros jóvenes encontrarán la respuesta a las inquietudes de su vida en la persona y el mensaje del Padre Kentenich y la MTA. Sobre todo, con el Padre Kentenich "creo firmemente que nunca perecerá quien permanezca fiel a la Alianza de Amor".



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*Que despierta en mí todo lo leído*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Qué me sugiere para la vida*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

---

---

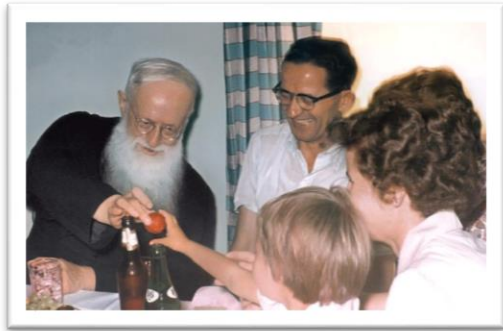
---

---

---

---

## Tercer Testimonio



### **NO SENTÍA EVIDENTE LA CONFIANZA QUE LE HABÍA REGALADO**

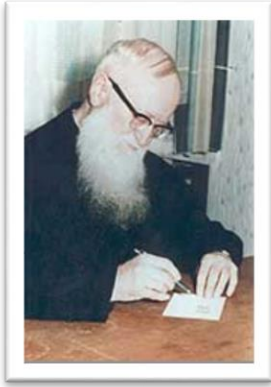
P. CHRISTIAN CHRISTENSEN, chileno. Cursó sus estudios de Teología en la Facultad de Teología Católica de la

Universidad de Munster, Alemania.

Al estudiar en Europa tuve la oportunidad de conocer al P. Kentenich y apreciar más de cerca lo que él era y significaba para las personas con quienes él estaba. De los varios encuentros que tuve con él, hay uno que se me grabó especialmente.

Del 22 al 25 de agosto de 1967 el Padre fue a darnos retiro a la comunidad de estudiantes en Munster. Vivió con nosotros esos días, nos escuchó, nos orientó, se nos dio como padre. Cada uno tuvo la oportunidad de conversar personalmente con él. Para ello disponíamos de una media hora. Calculé que esta oportunidad no la volvería a tener muy luego y pensé qué cosa podría conversar con él. El Padre había sido la persona que me había mostrado a Dios, me había encaminado a la Alianza, había dado a mi vida una nueva orientación. Sobre todo, me había hecho personal el mundo de Dios. Decidí entonces contarle de mi vida, cómo Dios y la Mater habían estado presentes en ella, cómo había sido el camino de amor que Dios había tenido para conmigo. Sabía además de la importancia que el Padre le daba a la historia tanto personal como comunitaria. Eso sería también para él una alegría.

Cuando estuve con él le conté largo de lo que había sido mi vida, a medida que iba hablando como que nuevas cosas iban saliendo. El Padre me oía, a veces cerraba los ojos; tenía las manos juntas. Cuando terminé de hablar y antes de hacerme un comentario o de aconsejarme algo, lo primero que me dijo fue: "Muchas gracias" y esto lo repitió. De corazón lo decía, era la persona que no sentía evidente la confianza que yo le había regalado. Me dio las gracias porque yo le había participado algo personal; él recibía esto, se sabía esto, se sabía una persona que estaba sólo para encaminar a Dios y a la Mater, se sabía también cómo alguien admirando lo que Dios había hecho en uno de los hijos de la Familia. Más que otras veces lo sentí como un puente entre yo y todo el mundo sobrenatural. Sentí la grandeza de esa alma que estaba para recibir a los demás y ayudarlos en la medida que él podía. Esa actitud de agradecimiento y de respeto quedó grabada con fuerza en mi recuerdo sacerdotal del Padre.



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kentenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*Que despierta en mi todo lo leído*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Qué me sugiere para la vida*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

---

---

---

---

---

---



## Cuarto Testimonio



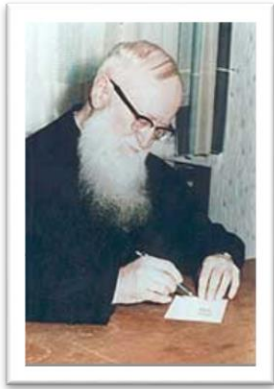
### UNO ENTRE SUS HERMANOS DE COMUNIDAD

P. BENJAMÍN PEREIRA, chileno doctor en Teología, profesor de Teología en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Santiago de Chile.

Conocí al Padre Kentenich como joven sacerdote y después de varios años de pertenencia a la Familia de Schoenstatt. Durante mis años de estudiante, al pensar en el Padre, me había acostumbrado a mirar "hacia arriba" y considerarlo como el gran Fundador y Padre del Movimiento de Schoenstatt. Con esa misma actitud partí a Milwaukee a fin de conocerlo personalmente. Grande fue mi sorpresa al encontrarme con alguien tan cercano, con un sacerdote que, a pesar de la gran diferencia de edad, experiencia e importancia que nos separaba, buscaba el trato de un hermano en el sacerdocio de Cristo. Esta impresión, en lugar de disminuir, fue aumentando con el correr del tiempo, a medida que más lo conocía. Si al terminar una conversación le pedía su bendición, después de dármele se arrodillaba para recibir la mía (esto ocurría con cada sacerdote que le pedía la bendición).

Cuando le llevaba algún problema para resolver, en primer lugar, pedía mi opinión al respecto y recién después me daba la suya, trayendo casi siempre a colación alguna experiencia de su vida sacerdotal. Varias veces me repitió que lo que más le dolía al pensar en su muerte era el hecho de tener que llevarse consigo la rica experiencia sacerdotal que Dios le había regalado en su larga vida. En casi todas nuestras conversaciones tenía la impresión de que quería transmitir el máximo del caudal de su experiencia, pensada y valorada según Dios. Varias veces me tocó verle pedir a un sacerdote que predicara. Lo hacía no por curiosidad ni para criticarlo, sino para escuchar la palabra de Dios que él hablaba, para enriquecerse personalmente. Una vez me tocó hablar a solas con él después de haber dicho en público unas palabras de agradecimiento a una persona importante en la Familia. Comentando sus palabras me agregó: "Lo que he hecho con X, lo puedo hacer con cada miembro de la Familia. A usted mismo le podría decir aquí lo que le debo: todos somos fundadores de Schoenstatt". Me tocó convivir con él en Milwaukee, lugar de su destierro en los Estados Unidos, un tiempo relativamente largo. Como es de suponer, las circunstancias externas no le eran favorables. Pero se adaptó a la vida comunitaria sin buscar privilegios especiales. En la mesa se preocupaba siempre de lo que otros necesitaban. Se adaptaba a los temas que los demás

traían y participaba activamente en ellos, aunque fueran sin trascendencia alguna. Todo era importante para él. Se preocupaba de los padres de la comunidad, de su salud, de sus intereses. Posiblemente sabía más de cada uno que cualquiera de los miembros de la casa, aunque muchos lo trataban con indiferencia era uno entre sus hermanos de comunidad, de una manera simple y sencilla. Quizás en esta misma simplicidad consistió su grandeza; fue así como nos reveló el mundo del cual dependía tan radicalmente. El mundo de Dios era para él algo natural, hablaba de la Virgen como si estuviera presente en ese momento, no era algo postizo en él. No existían en él personalidades diversas: su persona era única y transparente. Quizás sea por esto que a veces nos cuesta tanto comprenderlo.



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kentenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*Que despierta en mi todo lo leído*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Qué me sugiere para la vida*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

---

---

---

---

---

---